Año I. Barcelona 15 de Marzo de 1883. Núm. 6.

LOS NIÑOS

REVISTA QUINCENAL DE EDUCACION Y RECREO.

DIRECTOR: D. CÁRLOS FRONTAURA.

DIÁLOGOS DE NIÑOS.

La Viejecita.

II.

Abuela, siéntese V. ahí, y siga contando su historia.

—¡Ay! hijos, mi historia es muy larga.

—Como que es V. muy vieja. Debe ser tan larga como la historia de España.

—¿Qué año nació V., abuela?

—El año 12.

—¡Jesus, Maria! ¿Nació V. hace 1871 años?

—¡Qué desatino!

—¿Pues no dice V. que nació el año 12? De 12 á 1883, ¿cuántos van?

—El año 1812, quise decir.

—Ese fué el año del hambre, segun dice la historia.

—Sí, hijos mios, el año del hambre, pero ¡ay! los años del hambre han sido para mí mucho despues; entónces estaba yo muy ricamente.

Quedamos en que por causa del espejo.....

—Mi hermano se vió en gran peligro, y mis padres tuvieron que vender la casa, perdiendo dinero, y tomar otra en el mismo pueblo, léjos de aquella. En aquella época habíais de haberme visto.

—¡Un demonio! Si hubiéramos visto á V. en aquella época, ahora nos veriamos todos tan viejos como V.

—La nueva casa estaba muy cerca, dentro casi, de la poblacion, y todos los chicos me llamaban la *señorita*, y yo les mandaba á todos como si fuesen mis criados, y alguna vez anduve

© Biblioteca Nacional de España

á la greña con una chica, porque ésta no me quería dar una manzana, y por cierto que le dí unos arañazos en la

cara que le duró la señal muchísimo tiempo.

—¿Y cómo no le dieron á V. unos azotes sus papás?

—Pues por lo que os he dicho, porque yo era la niña mimada.

—Y diga V. abuela, ¿V. no iba á la escuela?

—Fuí algun tiempo, más no podía tolerar, en mi carácter independiente y orgulloso, eso de estarme sentadita allí en la silla, y hacer labor, y estudiar todas aquellas tonterías de la historia, la grografía, la aritmética....

—¡Abuela! ¡tonterías llama V. á esos estudios! Pues todos nosotros estudiamos ahora todo eso.

—Y haceis muy bien, hijos mios, y lo preciso es que no os canse el estudio y que le tomeis aficion, porque si viérais qué bueno es saber, y qué penosa es la ignorancia. Si yo hubiese aprendido algo desde niña, os aseguro que no me vería ahora como me veo, que voy muertecita de frio, que todo el dia ando por la calle, pidiendo, cuando ya no puedo andar, y si tengo donde recojerme por las noches es porque ahí cerca, en una posada, la posadera, que es mujer muy caritativa, me permite dormir en un cuartito que hay en el portal, y me tiene dado un gergon, Dios se lo pague.. Yo, que he dormido en colchones rellenos de pluma, y con sábanas de batista y colchas de damasco, y en cama de palo santo, en una alcoba alfombrada, con dobles cortinas en todas las puertas para que no penetrara el aire.....

—¡Pobre mujer! ¡qué triste debe ser haber tenido tanto y no tener nada!

—¡Ay! hijos de mi vida, no lo podeis comprender bien. Pero, prosigo mi historia. Por aquella época estuve á la muerte.

—Tendría V. el sarampion.

—O la alfombrilla.

—No. Pusimos en la huerta un columpio, y yo no dejaba á los demás chicos que se columpiasen. Siempre había de ser yo la que se divirtiera. Y á los demás no les permitía otra distraccion que la de dar impulso á la cuerda.

—V. se divertía y los demás le ayudaban á divertirse.

© Biblioteca Nacional de España

—Eso era, eso precisamente. Pues bien, un dia la cuerda se rompió y yo

caí á larga distancia, y me abrí la cabeza, de modo que cuando me recogieron, privada de sentido, por boca y narices echaba sangre, y la cabeza, como digo, la tenía abierta por dos partes. Ya os podeis figurar qué terrible disgusto tendrían mis padres.

—Ya lo creo, y siendo V. la señorita...

—Un mes estuve entre la vida y la muerte, y más hubiera valido que Dios me hubiese llevado entónces al cielo, que no habría pasado tanto en este mundo. Mucha precaucion os recomiendo para evitar los juegos peligrosos, hijos mios, porque á lo mejor, cuando mayor es la alegría en el hogar, cuando todo es motivo de satisfaccion en la familia, por la imprudencia, por la temeridad, por el aturdimiento de un niño, los amantes padres quedan sumidos en la más profunda y horrible de las penas, y el pobre niño imprudente y aturdido y víctima de su imprevision, ó queda mutilado, contrahecho para siempre, el que era encanto de todos por su gallardía, ó muere en medio de agudos dolores, no tan agudos, sin embargo, como el que sienten los amantísimos padres.—Pero aquí me estoy hablando, hijitos mios, y el tiempo se pasa, y yo no recojo siquiera una limosnita para cenar esta noche un poco de pan tierno, que ya no tengo los dientes para comerlo duro, porque hace tiempo que perdí los dientes, con que se come el pan duro.

—¡Ay! abuelita, no se vaya usted.

—Siga usted contándonos cosas.

—Ya nos parece Vd. mejor que antes.

—Muy buena.

—Y ménos fea.

—Entre todos nosotros le daremos á Vd. hoy para comprar el pan tierno y para algo más.

—Si viérais, hijitos, qué ganas tengo de tomar un vasito de leche de cabra, bien hermosa y bien caliente...

—Pues la tomará Vd., que yo subiré á decir á mí papá que me dé cuartos para Vd.

—Gracias, hijos mios, que ya no me tratais con despego y no me injuriais como ántes.

© Biblioteca Nacional de España

—Cuente Vd., cuente Vd. su historia.

—De mi infancia no os puedo contar más que una série muy larga de caprichos, genialidades y acciones poco prudentes, y todo esto unido á una gran holgazanería, á una soberbia muy grande y á una vanidad, que me perjudicaba mucho, y siendo yo muy guapa...

—Basta que Vd. lo diga.

—Hijos, como ya no tengo abuela, he de alabarme yo misma. Pues decia que siendo yo muy guapa, no gustaba á las gentes tanto como otras de mi edad, que eran ménos guapas, porque, hijos mios, en el mundo lo que debe procurarse es obtener simpatías por la dulzura y la nobleza del carácter y de los sentimientos, y no olvideis que, si es agradable á los ojos la hermosura del cuerpo, la hermosura del alma es la que nos hace verdaderamente amables y simpáticos.

El año 31...

—1831, querrá Vd. decir.

—Eso es, el año 31 vinimos á Madrid mi familia y yo.

—Tenia Vd. 19 años.

—¡Ay! hijos, ¡quién volviera ahora á aquella edad y lo pasado pasado!... El año 32 me casé con un gran señor, y ¿sabeis quién fué mi padrino?...

—¿Algun marqués?...

—¡Sí, marqués! Fernando VII, el

mismísimo Rey en persona.

—¿Qué dice Vd.?...

—Y que nos queria mucho á mi marido y á mí, y por cierto que el año siguiente murió S. M. y mi marido perdió su decidido protector.

C. Frontaura.

(Se continuará).

EL TESORO DEL PUDRIDERO.

(FÁBULA EN PROSA.)

Frente á frente, en una de las calles del nuevo Madrid, más cerca del Retiro que de la Puerta del Sol, habia un gran palacio y un estercolero. Extraña casualidad, que tenia algo de filosófica y de interesante, porque indicaba como Dios ha puesto, junto á las tiranías del lujo las humildades de la mi-

© Biblioteca Nacional de España

seria, y como, descendiendo un poco, en la misma escala se encuentran el ochavo y la onza, el mendigo y el magnate, el árbol y el musgo.

Pues bien: era dia de solemne banquete en el palacio. Allí comian distinguidas personas, que en torno de la mesa lucian su gallarda opulencia. La vajilla era de plata, los vinos de lo más confortante y escogido, y en la mescolanza suntuosa de comestibles caros, se veian confundidos en los manteles el *caviar* ruso, que cuesta á ocho duros la libra, y el jamon de Trevelez, que se disputan los tragones del mundo á tiros de cartuchos llenos de oro.

En un balcon del palacio habia, dentro de elegante jaula dorada una cacatúa. ¿No os habeis fijado en lo que son estas extrañas aves? Pues si habeis visto su penacho, que sin motivo se encrespa y sin motivo se abate, símil del orgullo del necio, y si habeis visto sus ojos redondos y sin expresion, llenos de puntos ígneos que fosforecen, de seguro que habeis recordado esos sugetos hinchados y vacios que representan en la vida social la petulancia.

La cacatúa se enderezó en la pértiga de su jaula y, mirando al estercolero de enfrente, dijo:

—¡Miserable espectáculo! ¿Cuándo echarán de ese inmundo monton de paja podrida á la infame cuadrilla que le puebla?

Aludia á un pavo, tres gallinas y algunos gorriones, que allí vivian en buen consorcio.

El pavo lo oyó y, agitando el rojo colgajo de su pico, repuso:

—Eres un pájaro necio.

—Y tú un pájaro sucio, repuso la cacatúa.

Y entonces, entre ambos se entabló este diálogo:

Pavo. Yo soy útil al hombre. Le doy mi carne para que él sacie el hambre: tú eres un ser inútil.

Cacatúa. ¡Qué tal serás cuando te resignas á vivir en ese estercolero!

Pavo. Mas riqueza hay en este monton de basura, que en esa jaula dorada en que tú vives presa.

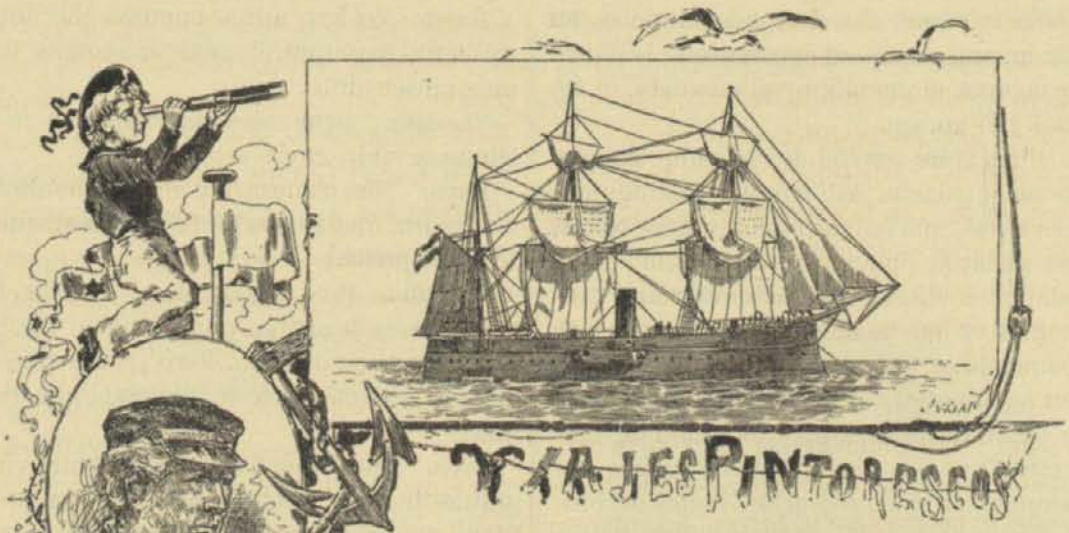
Cacatúa. Vivo presa, como lo está el brillante en la sortija: por su mismo valor y porque no se pierda... Pero ¿cómo quieras que sea más rica tu vivienda que la mia?

Pavo. Pues escucha. Aquí encuentro yo granos de trigo y cebada perdidos. La gallina, mi prima hermana, dotada de más vista que yo, no solo encuentra granos de trigo y cebada, sino de maiz y mijo..... Ahonda más aun y halla gusanillos que le llenan el buche y le engordan la pechuga. Ese gusanillo se nutre de la podredumbre y la aumenta, y con un monton de cieno como este se enriquece una huerta, y sobre él salen esos pomposos repollos y esas lombardas moradas que pesan arrobas y son tan gustosas cuando la cocinera las adereza. Lo que á nosotros nos sobra se lo comen los gorriones, y bien saben tus amos qué ricos son los gorriones fritos. De modo que aquí todo es útil, todo remuneratorio. Así como no está inactivo ni un momento el sucio pico, buscando y rebuscando la vida entre estos montones, así no está parada la naturaleza que se oculta bajo este pobre y feo tapiz. Trabaja, perfora, ahonda, enriquece, combina los simples de la desorganizacion en el compuesto de la vida nueva.

La cacatúa lanzó un alarido de ira al ver como respondia el humilde pavo á sus alharacas y por un momento tuvo envidia de su modesto traje negro de trabajo.

J. Ortega Munilla.

© Biblioteca Nacional de España



(*Continuacion.*)

(1)Cerca del muelle el agua está generalmente súcia, por efecto de la doble acumulacion de desechos que proceden de la ciudad y los buques: tal circunstancia causa gravísimos males en la salud de los ribereños: el agua exhala emanaciones nocivas, y áun la pesca que en ella se coje resulta mal sana y en extremo perjudicial: este problema sanitario sólo podria resolverse recurriendo al auxilio de la naturaleza misma, prohibiendo la pesca en aguas turbias, con lo cual se multiplicarian allí los peces y los crustáceos, cuya voracidad extirpa todos los restos de organismos esparcidos por las aguas: esto te prueba una vez más que sólo se presentan anormalidades en la naturaleza, cuando se pretende desviarla de su cáuce natural.

—¡Qué súcia está siempre el agua del puerto!; siempre que por allí pasaba me hacía pensar que los hombres que viven en los muelles serán muy poco limpios...

—¡Qué estás diciendo, muchacho! esas pobres gentes no tienen culpa ninguna del desaseo del puerto y viven allí forzosamente, aguantando á pié firme todas las incomodidades y todos los peligros: lo que debes pensar hallándote en el muelle, es muy diferente: considera entónces los afanes y las fatigas á costa de los cuales recibes los terroncitos de blanco azúcar y los negros granos de café que tostamos en el patio, despidiendo un olor que halaga el olfato; el algodon de las telas con que te vistes, y el sinnúmero de sustancias que forman el exterior é interior de las viviendas, pasan por las callosas manos de los míseros faquines, abrumados bajo el rayo inclemente de un sol abrasador, doblados por el peso de la carga y saltando sin parar sobre la cimbradora plancha que les separa del abismo; y otros dias el viento.

(1) Véase el n.º 6.

© Biblioteca Nacional de España

la lluvia, el frio, cuántas inclemencias tiene el tiempo, cuántas molestias y peligros tienen á la vez la tierra y el mar, se aunan para hacer difícil y dura la vida en los muelles, por donde paseas tú gozoso, con un coco en la mano y los ojos abiertos ante la incesante variedad de las operaciones de carga y descarga.

Hoy se ha trasformado mucho el puerto de nuestra populosa ciudad: la linea de buques empieza allá en la escollera del Oeste, y vá siguiendo á lo largo de la desaparecida *muralla* de mar (por donde tantas veces te asomaste ó te hiciste levantar en brazos), y pasando por junto á Atarazanas, delante de los muelles iluminados con luz eléctrica, no termina hasta la escollera de Monjuich, gran espacio adelantado en el agua, y construido á costa de titánicos esfuerzos y gigantescos trabajos.

¡Singular destino el de la montaña de Monjuich!

Cementerio hebreo despues de mirador celta: fortaleza tomada y perdida tantas veces durante la larga série de nuestras guerras, semillero de pequeñas fincas, mina de yesos y fósiles, vigía comercial, amenaza inútil de los buques extranjeros, y finalmente cantera copiosa y rica en piedra de todas las formaciones, el *colosoten-dido* barcelonés arranca de su seno la piedra de las casas y de los muelles, aminorando su masa y socavando sus entrañas á medida que vá extendiéndose á sus piés, con mayor grandiosidad la antigua ciudad de los condes.

¿No te parece ver en el fenómeno que te he descrito algo parecido á la abnegacion con que los padres se sacrifican en pró de sus hijos?

Tesoros son que arrancais de las entrañas paternales, el amor y el sacrificio que rodean vuestros primeros pasos en la vida; puerto es de segura calma la casa paterna desde dónde salís para emprender largos viajes por el mundo. Dime, Guillermo, ¿no te parece que en los puertos hay mucho que estudiar y que más tarde te fijarás mejor en lo que se presente ante tus ojos, aunque á primera vista parezca de poca importancia?

—¡Pero huele tan mal el agua del puerto!

—Es porqué está estancada: así el vicio y la corrupcion se enseñorean del hombre apático ó miedoso que no se atreve á arrostrar las tempestades de la vida.

El primer viaje.

—Tenia yo, cuando le emprendí, diez y siete años: mis padres se oponian á mi vocacion decidida por la vida del mar, pero un tio mio, capitan de un bergantin mercante, logró persuadir á los autores de mis dias, de que me dejasen ir con él á América para curarme de una vez la mania de navegacion que de mi se habia apoderado: inútil empeño: el hombre se encamina siempre directamente al punto que atrae su simpatia: y desde que el mundo es mundo, el militar se lanza á su azarosa carrera cual si no fuesen mortíferas las batallas; y á pesar de las reflexiones del cariño y las sugestiones de la prudencia, existe una fuerza desconocida que nos mueve hácia el objetivo de nuestros deseos: no condenemos, pues, las generosas tendencias de los espíritus cuya ambicion se dirige al bien, recordando siempre que nada hay tan aventurado y al parecer temerario, como el impulso que lleva al misionero cristiano á predicar y á morir en tierra extraña, ofreciendo su vida en holocausto á la verdad divina.

© Biblioteca Nacional de España

Cierto que á vuestra edad todos sois aficionados á lo maravilloso: no existe casi un niño que no sea aficionado á manejar sables y á ostentar cascos y montar caballos, porque, sin duda, el aparato militar seduce á niños y á hombres, siquiera sea de diferente manera; la razon y la prudencia, que se oponen muchas veces á vuestras desmedidas aficiones, no serán, sin embargo, obstáculos á la vocacion que os arrastre, que su diversidad, por voluntad del que todo lo puede, constituye la armonía de las sociedades.

Esto que te digo, no lo habrás quizá comprendido del todo: es un desahogo del anciano, que al mirar tu presente, quisiera penetrar con su inquieta mirada las sombras del porvenir.

—Abuelito, explíqueme V. cosas de los viajes, porque de esto yo no entiendo.

—En efecto; más bien debí explicarte por qué razon mis padres dejaron que me embarcara: fué ello en una noche serena y apacible: bajé al muelle viejo iluminado en parte por la luz de la luna: el agua apenas se movia, aunque produciendo ese ruido entrecortado de los chasquidos lentos que dá al terminar su ondulacion en el muelle: oia los ahogados sollozos de mi buena madre, que quiso de todas maneras acompañarme hasta el momento de embarcarme: mi buen padre estaba allí dando infinitas instrucciones á su hermano y mi tio, cual si necesitase otro amparo que el de Dios el que se aventura por los mares: al fin, tras no pocos abrazos y despedidas, que hacian flaquear mi resolucion, salté en el bote y batieron los remos el agua, tranquilizándose mi espíritu con la calma que reinaba en el puerto, é interesándose mi imaginacion en las novedades que iba descubriendo.

Pasamos por entre los cobrizos cascos de innumerables buques, y al costear sus proas, ó pasando á lo largo de sus quillas, haciame las siguientes reflexiones:

«Ahora no se trata ya de dar paseos desde el muelle de la Capitanía á las playas ni de visitar buques de guerra extranjeros por mera curiosidad: abandono mi casa, mis padres, mi ciudad y hasta mi patria, y Dios sabe lo que será de mí hallándome solo y léjos de todo cuanto amo: estos buques tan gallardos y ligeros quizá no son tan sólidos y seguros como debieran para que el hombre pueda conservar su vida en medio del mar.

¡El mar!..... es un enemigo bien terrible para el cuitado que se fia dentro de un cascaron sobre las pérfidas olas, gigantescas y temibles en sus más mínimos juegos; amenazadoras é implacables, basta una ráfaga de viento para despertar su cólera: y aunque dure poco su paroxismo furioso, esto no impide que el frágil barquichuelo sea estrellado contra las rocas como vil juguete al más leve capricho del viento ó de la marea ....

JULIAN BASTINOS.

(Se continuará).

© Biblioteca Nacional de España

EL QUE MAL EMPIEZA MAL ACABA.

Luisito era un niño de siete años; tenia una hermanita de nueve, que se llamaba Anita; se amaban tiernamente y eran adorados por sus bondadosos padres.

Un antiguo y honrado criado acompañaba al colegio todos los dias á Anita y luego á Luisito. La niña era muy formal y parecia una mujercita cuando reprendia al hermanito por sus travesuras.

El criado solia comprar los postres al volver á la casa con los niños, pues que á estos les agradaba así. Un dia fué á comprar fruta y, despues de haberla pagado, José, que así se llamaba el criado, se puso á hablar con el vendedor, porque era su antiguo conocido. Luisito se arrimaba demasiado á las canastas de frutas y Anita, que habia admirado unas magníficas peras, pero á cierta distancia, cogió al niño de un brazo y le retiró, reprendiéndole porque se habia puesto tan cerca de la fruta, que parecia queria comerla con la vista, y «esto, decia ella, es muy feo.»

—Pues tú, replicó el niño, bien has dicho que sentias que José no comprara de esas peras tan hermosas y...

—Eso no es cierto, le interrumpió Anita, yo no he dicho tal cosa; lo que dije fué que me parecian muy buenas, pero como José ya habia comprado uvas y ciruelas y son tambien cosa buena, nada me importan las peras.

—Pues á mí no me pasa eso; cuando una cosa me gusta, la quiero, y cuando yo la quiero, como dice mi amigo Andrés, la consigo, porque, dice tambien, el hombre debe ser independiente y fuerte y obedecido, y él, mira, ya es muy fuerte, tanto que vence á los que tienen dos y tres años más que él. En el colegio todos le temen y le llaman el *valenton*, y siendo

© Biblioteca Nacional de España

yo tres años más pequeño que él, es mi amigo y dice que ha de enseñarme á ser hombre y temido como él.

—Anda, tonto, él se rie de tí y tú le respetas mucho; tú eres un muñeco, añadió Anita, con cierto aire de mujer juiciosa, y no me parece bien que digas y pienses tantas simplezas. ¡Qué lástima que no puedas oir á Sor Brígida, mi buena profesora! ella te quitaria de la cabeza todo lo que te dice ese amigo, para tu mal, y te haria bueno; ese es un niño muy malo, bien lo veo, no le conozco y ya le aborrezco.

—Pues mira, haces mal en no quererle, porque él te quiere á tí.

—Eso es mentira; lo dices porque no le quiera mal; yo no le he visto nunca.

—Sí que le has visto, y mira, me ha dicho que me va á regalar un teatro grande de carton con muchos monigotes, y á tí una muñeca muy bonita que mueve los ojos y la boca, y cuesta muy cara, pero como él tiene tanto, tanto dinero, yo creo que lo hará, y porque es muy amigo y me quiere mucho; tú le has visto, y hablado y jugado con él en el Retiro, y más dijiste, me acuerdo, que era muy bonito el vestido de terciopelo que llevaba, y que deseabas que papá fuera rico para que nos vistiera á nosotros de terciopelo como aquel niño, porque así se está muy bien.

—Eso no es verdad, interrumpió la niña, poniéndose encendida como el color grana de la pluma de su sombrero.

—Anda, anda, exclamó Luisito batiendo las palmas, y riéndose como un loco, tú tambien mientes como yo, y luego á mí me riñes, á Sor Brijida se lo he de contar; le diré, la señorita Ana, ha dicho una mentira, sí, sí, una mentira.

La niña estaba á punto de echarse á llorar, pero, conteniéndose á duras penas, exclamó temblando:

—Cállate, Luisito, que te va á oir José, y se lo contará á mamá.

—Bueno, me callaré, pero no niegues que has mentido.

Anita reflexionó un momento.

—Mira, yo dije eso, es verdad, pero fué porque creia que él era bueno; ahora que sé que no lo es, te repito que le aborrezco.

—Él no es malo, y además es muy rico, siempre lleva mucho dinero, y cuando no sabe la leccion regala dinero al pasante que le repasa, y este dice que todo lo ha sabido muy bien, y nos convida á todos y siempre hace lo que le da la gana.

Hablando así, llegaron á su casa.

Ambos fueron, como tenian costumbre, á abrazar á su mamá, que les colmó de caricias, y luego sentó á la niña sobre sus rodillas.

—¿Á dónde vas tan de prisa? dijo al niño, viendo que se alejaba corriendo.—Ven aquí.—El niño se detuvo.—¿No te digo que vengas? acércate á mí.—El niño obedeció.—Dime, ¿qué llevas en ese bolsillo, que tanto abulta?

—El pañuelo.

—¿Nada más?

—Y un libro.

—Si los libros los trae José. Vamos, arrímate, que voy á ver lo que es; sin duda algun muñeco que te han dado para que te entretengas y no estudies, quedándote sin saber la leccion; no es cosa nueva y sabes que no me agrada.

El niño iba á alejarse de nuevo.

—Te digo que vengas aquí.

Luisito se acercó temeroso á su mamá, que le cogió, y á pesar de la resistencia que

© Biblioteca Nacional de España

oponia, metió la mano en el bolsillo sospechoso.

—¡Oh! exclamó la mamá, mirando lo que acababa de encontrar.—Y esto ¿quién te lo ha dado? Habrá sido el frutero.

El niño se puso encendido como una cereza, y la niña abrió la boca para decir algo, pero Luisito la miró de tal modo, que ella bajó la cabeza y no dijo una palabra; además de la mirada suplicante de su hermano, consideró que á este le decia siempre que era un pecado acusar.

La mamá miró á los dos y encontró algo estraño en aquel rubor y aquel silencio.

—Luis, vas á decirme la verdad, ¿quién te ha dado esta pera?... ¿No contestas?... Vamos, dilo tú, Anita, ¿quién os la ha dado?

—A mi, nadie, mamá mia, se apresuró á decir.

Anita ni siquiera sabia que la traia.

—Entónces, ¿por qué te has puesto colorada como Luis, y como él has callado? Esto me disgusta mucho; además, aunque sabeis que á mí no me agrada que comais dulces, ni frutas fuera de casa, no he de reprenderos tanto porque hayais admitido esta friolera.

—Yo no la he admitido, mamá, ni él tampoco.

—¡Cómo! replicó la mamá, riendo, ¿pues de que modo se la han metido en el bolsillo? ¿Se guardó ella misma?

—La ocultó él sin que yo lo viera; sí, mamá mia, esta es la verdad.

Y la niña avergonzada se echó á llorar y ocultó su rubia cabeza en el pecho de su madre.

Luisito estaba rojo hasta el blanco de sus ojos, pero con ellos fijos en el suelo y sin que sus lagrimas dieran muestra de su vergüenza y arrepentimiento.

—¿Conque es decir que la ha quitado? dijo la buena señora lentamente.

—Sí, sí, gimió la niña, yo le aparté de las banastas porque se arrimaba demasiado y no ví lo que habia hecho, pero perdónale, mamá mia, que no lo volverá hacer.

—¿Por qué has cometido una accion tan fea, Luis? ¿No sabes que es cosa muy mala? ¿Te falta algo en tu casa?... y aunque te faltara, nadie es dueño de tomar lo ajeno contra la voluntad, ó sin permiso de su dueño. Tú debes tener peligrosos amigos que te dan muy malos consejos.

—Sí, muy malo, uno muy malo, exclamó la niña, secando sus hermosos ojos, y le dice que haga y tome todo lo que á él se le antoje, que si no lo hace así no será hombre fuerte y temible.

—¿Y ese niño quién es?

—Es Andrés Rodriguez, que siempre tiene dinero y va á caballo en una jaca muy bonita y convida á sus amigos.

—Y sus papás, añadió Luisito, nunca le dicen en qué gasta el dinero ni qué hace en el colegio.

—Ni fuera, añadió la buena señora con intencion. Eso es porque su papá está muy ocupado en sus negocios...

—¿Y su mamá? interrumpió la niña.

—Esa, hija mia, cree de buena fé que su hijo es bueno y feliz, porque le permite todos sus caprichos y no le toma cuenta de nada, mas es posible que él se la dé buena algun dia, pero con todo esto, veo que tú eres peor que él, porque ese niño gasta, bien ó mal, lo que le dan, pero tú tomas.

—Él tambien toma, cuando no puede ó no quiere gastar, y dice que es una habi-

© Biblioteca Nacional de España

lidad que tiene y quiere que yo la aprenda.

—¡Dios mio, qué horror! ¿con qué eso ha dicho? Y tú, aconsejado por él, has robado. ¿No sabes que á los que roban les prende la justicia, les separan de sus padres, les encierran, apenas les dan de comer y les maltratan? ¿Sabes todo eso?... ¡Si tú te vieras separado de nosotros!...

El niño se echó á llorar amargamente, y quiso arrojarse al cuello de su madre, pero ésta le apartó, diciendo con tono severo:

—No, no me abraces, yo no puedo perdonarte ahora; lo haré despues que lo haya hecho aquel á quien has robado. Para conseguirlo, irás con José, le pagarás el precio que él ponga á la pera, y le dirás que te perdone por tu mala accion.

—Yo no quiero pedir perdon al tio Anton, que yo soy un señorito y él, como dice Andrés, es un tio bárbaro.

—¿Eso dice? pues dice mal, porque más decente es el tio honrado que el señorito, muñeco, ú hombre, que comete una accion fea y deshonrosa, y solo el arrepentimiento...

—Estoy arrepentido; pero, mamá, yo no quiero pedir perdon al tio Anton.

—Bien está, cuando venga tu papá él sabrá lo ocurrido y te castigará como mereces.

ANTONIO MARIA.

(Se concluirá.)

LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

III.

Martin Halaja se adelantó con la resolucion del hombre que tiene una gran mision que cumplir. El soldado que estaba de atalaya intentó detenerle, mas el almogavar le dijo:

—Déjale, que gran pensamiento es el suyo.

La presencia del pastor causó mucha extrañeza y despertó la curiosidad. Dos caballeros que por allí pasaban le salieron al encuentro y le preguntaron:

—¿Á donde vas?

—Á salvar á los ejércitos cristianos.

—¿Cómo te llamas?

—Martin Halaja.—¿Cómo os llamais vosotros? preguntó con la sencillez del hijo de las montañas.

Los interrogados sonrieron.

—Yo soy D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya.

—Me llamo D. García Romea y soy aragonés. Habla.

—Desde niño vengo apacentando mis ganados en estas sierras, y no hay piedra, ni mata, ni sendero que me sean desconocidos. Mis hermanos no conocen el camino que les ha de sacar de aquí; yo les serviré de guía.

Los caballeros se miraron sorpren-

© Biblioteca Nacional de España

didos y alborozados, pero á la alegria sucedió la duda.

—Martin, ¿sabes lo que prometes?

—Conozco un sendero cómodo y seguro en la ladera del monte.

—¿Pueden pasar por él los ejércitos?

—Pueden.

—¿Será difícil aventar á los musulmanes que nos cierren el paso?

—No lograrán impedir nuestra marcha. Ni siquiera hay que ocultarles el movimiento, porque serán impotentes para molestarnos ó detenernos.

—¿Es cierto lo que dices?

—Tanto como lo es que ahora os estoy hablando. En el sendero encontrareis una cabeza de vaca comida de lobos.

—Espera, dijo el señor de Vizcaya.

—Espero, contestó el pastor.

Fueron á dar cuenta á los reyes de lo que ocurría, quienes no acertaron á dar crédito á lo que oían. Quisieron ver al pastor, y Martin Halaja se halló en presencia de D. Alfonso de Castilla, de D. Pedro de Aragon y de Don Sancho de Navarra, produciéndole gran turbacion hallarse delante de personajes tan poderosos; mas como la idea de vencer á los sarracenos le dominaba, logró repetir con voz firme lo que ántes había dicho, añadiendo que llevaria á los cristianos á una llanura en la que podrían dar la batalla con ventaja.

Tan extraordinaria era la promesa, que sospecharon los reyes fuese aquella una estratagema de los enemigos; pero como, de ser cierta la oferta, salia el ejército del mal paso, el señor de Viz-

© Biblioteca Nacional de España

caya y García Romea se ofrecieron á seguir al pastor, comprobando la verdad de lo que decía.

En marcha se pusieron sin pérdida de momento, y al llegar al sitio donde estaba la cabeza de vaca, Martin les dijo:

—Ved si os he engañado. ¡Ah, maldito! gritó.

De un salto penetró en la maleza, levantó el brazo armado del férreo palo, que lanzó con brío; oyóse un aullido y al poco rato se juntó á los caballeros el pastor, que hundía la punta del palo en el suelo para enjugar la sangre que la manchaba.

—No volverá el lobo á comerse mis reses, murmuró Martin. Buena cuenta he dado de él.

—Brazo de hierro, murmuró Lopez de Haro; no parece sino que haya nacido en los montes de Vizcaya.

—Ojo de águila, añadió Romea; no parece sino que esté acostumbrado á mirar desde las rocas del Moncayo.

Montados iban los caballeros, á pié Halaja, sin dar muestras de fatiga, más dispuesto á cansar que á cansarse. Despues de algunas horas de marcha, se detuvo, extendió el brazo y exclamó:

—Mirad.

—¡Loado sea Dios! dijeron el vizcaino y el aragonés.

—Esta es la llanura de las Navas de Tolosa.

—Martin, Dios te recompense, pues los hombres no pueden darte la paga que mereces por el servicio que nos has prestado.

—Le presto á Dios y á mi patria, y de Dios ya recibo la recompensa, pues permite que ántes de morir vea desplegado en estas montañas el estandarte de la Cruz. Sino estais fatigados, volvamos al campamento, pues tan buena nueva reclama diligencia.

—Pastor, dijo el aragonés, sube á la grupa de mi caballo.

Echóse á reir Martin y contestó:

—El movimiento endurece mis piernas, no las dobla.

Al llegar al campamento, extraordinario fué el alborozo. Diéronse órdenes de marcha para el dia siguiente, que era sábado y 14 de Julio del año de Nuestro Señor Jesucristo 1212; y despues de comulgar devotamente el ejército, preparándose así para empresa tan extraordinaria, levantáronse las tiendas, y los que ocupaban el Terral le abandonaron en medio de mucha algazara de los musulmanes, que creyeron que los cristianos se declaraban vencidos. Retiróse el ejército, mas fué para aparecer en la cumbre del monte, en la llanura de las Navas de Tolosa, con gran sorpresa de los árabes y moros.

El rey verde, así llamado por el color de sus ropas, Muhamad Alnasir, hizo formar sus tropas y provocó á los cristianos, que no salieron de sus tiendas descansando de las fatigas de

© Biblioteca Nacional de España

la jornada, cosa que el emir Muhamad achacó á miedo y cobardía; y en tal creencia escribió á Baez y Jaen, anunciando que los reyes de Castilla, Aragón y Navarra estaban cercados y que en breve caerían ellos y sus ejércitos en su poder.

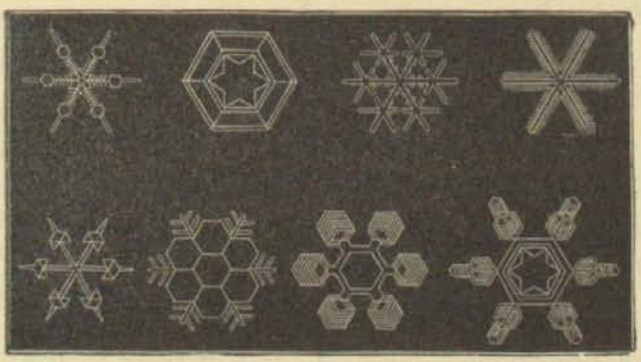
—Combatirán mañana, pensó el emir.

TEODORO BARÓ.

(Se concluirá.)

LA NIEVE.

Qué blanca es!.... ¡Todo cuanto ofrece una superficie horizontal ó inclinada está cubierto por espesa y blanda aglomeracion de los blanquísimos copos que parecen revolotear por el aire cual mariposillas traviesas! la nieve, tardía y perezosamente se deja caer encima de los cuerpos que tienen bastante fuerza para sostener su peso: ¡ah! ¡qué hermoso es el espectáculo de una nevada copiosa, excepcional por lo grande! Reverbera la escasa luz tamizada por nubes plomizas aglomeradas, sobre un pavimento formado por armiños minerales, por agua cristalizada, por copos de levísimas concreciones, blancas cual ninguna otra cosa que puedan distinguir los ojos.



La nieve es una prodigiosa acumulacion de cristales acuosos precipitados desde las nubes por un enfriamiento repentino de los vapores de agua. ¡Agua! siempre la hallaremos ante nuestra vista y enfrente de toda espectacion: las nubes de su vaporosidad corren desaladas por encima de nuestras cabezas, las gotas de su condensacion mojan nuestros vestidos y adornan con mohos de verde esmeraldino las fuentes rústicas escondidas entre las hondonadas del bosque.

El agua, siempre el agua rechinará, en forma de nieve, bajo las pisadas que impresas quedan, y reflejando, ya derretida la nieve, nuestra fisonomía amoratada por el frio, parecerá decir por nuestra misma temblorosa boca:

—Hermosa es la nevada: grande y copiosa: blanca es la llanura: niveos, albinos, los tejados y las enhiestas agujas en la ciudad y en la aldea: cada árbol sin hojas guarda en sus sinuosidades copos de la nieve caida: más ¡quien sabe las vidas que cuesta esa aglomeracion de levísimas moléculas! Tal vez allá en las cumbres del monte yacen semi-enterrados los atrevidos ó menesterosos viajeros á quienes sorprendió el alud en su caida; tal vez pueblos enteros han sido sepultados por una formidable avalancha cuyo orígen determinó un guijarro desprendido de su alvéolo, el aleteo de uu pájaro,

© Biblioteca Nacional de España

el silbido de un cazador de gamuzas.

Deciros no quiero los dramas que se derivan del amontonamiento de la nieve: pero sí he de recordar que estos cristales de tan simétrica y hermosa apariencia producen, al encontrarse y amontonarse sobre un punto dado, catástrofes sin cuento á la par que inmensos beneficios que conoce el agricultor por larga experiencia.

¿Veis esos picos altísimos, guaridas del condor, tronos del águila, objetos predilectos de la ambicion de sábios y temerarios exploradores?

Allí, allí se elaboran con facilidad admirable tanto las tempestades que combaten y asolan ciudades y campos, como los manantiales que destilan gota á gota el néctar inapreciable que fertiliza la tierra haciéndola producir riquísimos frutos y hermosísimas galas: poco á poco, mientras el hombre frívolo olvida por mezquindades hasta el tiempo que sin cesar discurre, el agua elabora misteriosos palacios y afiligrana subterráneas galerías, por dónde circulan los gérmenes que han de prestar á la tierra durante el venidero y ardoroso estío, los elementos de la sávia vegetal que son la prenda inestimable que asegura la alimentacion de la especie humana.

J.

SECCION DE DESARROLLO INTELECTUAL.

Semblanza de..... (lo que sea.)

¿En qué se parece la ilustre villa de Gijon á la por tantos títulos nobilísima señora D.ª Francisca Apolinaria Jove Ramirez, dama de cuya belleza y virtudes todavía se conserva el recuerdo, y que tuvo la gloria de producir un hijo que fué honra de la patria?

¿QUÉ SERÁ?

Soy hijo del otro mundo,
Arder mi ocupacion és,
Y he consumido mas oro
Que Creso pudo tener.
No doy salud y la quito;
Causo mal, y no hago bien,
Y á pesar de ser quien soy,
No hay parte donde no esté:
Dentro de un cuero me encierran
Los hombres y el caso es
Que yo no daño al que busco
Sinó á quien me busca él.

CHARADITA.

Mi *prima* es signo de música,
Y mi segunda tambien,
Y mi sílaba *tercera*
Signo de música es.
En mi TODO, amigos mios,
Estuve yo cierta vez,
Con de pobre *tres segunda*
Que acaba de fallecer,
Y unas sardinas comimos
Tan ricas, fritas tan bien,
Y unos tan buenos besugos,
Que, de hombre formal á fé,
Os aseguro, que cuando
Llega el verano, y con él
La necesidad de irse
Con la música... en el tren,
Solo pienso en mi bolsillo,
Que no me deja volver
A aquel TODO en que tan gratas,
Tan gratas horas pasé.

Imprenta de Jaime Jepus, pasaje Fortuny (antigua Universidad.)

© Biblioteca Nacional de España